

Clavar gelatina contra la pared **La ‘cultura política’ entre sondeo y excusa mayor***

Ton Salman**

En una entrevista publicada en un periódico holandés (*De Volkskrant* 3-10-2002), el economista y filósofo serbio Mirosław Prokopijevic vincula con la cultura balcánica el hecho de que Serbia y otros países de esa zona continúen viviendo procesos de pauperización, aún varios años después de las guerras. Utiliza el concepto de capital social, para referirse a “las reglas informales que predominan en una sociedad, [...] costumbres, convicciones religiosas y morales, en otras palabras: cómo funciona la vida cotidiana”. Aquello que los antropólogos denominan cultura.

Prokopijevic sugiere que en los Balcanes predominan reglas informales que inhiben el funcionamiento de las reglas formales. Lo que rige concretamente es un patrón de clanes y élites en mutua competencia e inseguridad crónica en torno a cuánto tiempo permanecerá en el poder un clan específico. No existen partidos políticos con claros perfiles ideológi-

cos ni raíces societales; existen solamente estrategias a corto plazo tendientes a aprovechar la situación al momento de detentar el poder. La oposición es reprimida o redimida, y las reglas se adaptan a los intereses de las nuevas autoridades.

Prokopijevic compara esta situación con la de América Latina. Allí, en muchos países tampoco existen reglas cuyo cumplimiento pueda ser infundido por una autoridad imparcial.

Copiando la Constitución estadounidense, [los países latinoamericanos] olvidaron implementar las ‘provisiones negativas’, que son las reglas que les cortan las alas a las autoridades. Son las reglas más difíciles de introducir, ya que deben aplicarse independientemente de quién ocupe el poder [...] Sin reglas de esta índole, y sin un poder judicial verdaderamente independiente y soberano, no se obtendrá un desarrollo económico estable. (Prokopijevic. *Ibid.*).

Es uno de los muchos ejemplos que hoy por hoy se encuentran en la literatura ‘transitológica’ (Schmitter 1995), en la que se recurre a la noción de cultura política para explicar acontecimientos específicos. Es un ejemplo que no está entre los peores, aquellos que sin muchos rodeos declaran que tal o cual proceso se debe “a la cultura de la gente”, como si se tratara de un atributo fijo. Al analizar el caso de los Balcanes, Prokopijevic apunta, por ejemplo, a las diferencias históricas existentes entre países como la República Checa, Eslo-

* El título de este ensayo proviene de un artículo de Kaase (1983), quien utilizó la expresión para referirse al esfuerzo de medición de la cultura política. Este texto se basa en parte, en el material consultado y citado de la compilación que me encuentro preparando con Willem Assies y Marco Calderón. Este material se publicará hacia fines del 2002 o inicios de 2003 con el título, “Ciudadanía, cultura política y reforma del Estado en América Latina”, y contará con el sello editorial del Colegio de Michoacán/IFE, México.

** Departamento de Antropología Social y Cultural, Vrije Universiteit Amsterdam. Correo Electrónico: AJ.Salman@scw.vu.nl.

venia y Hungría en comparación con lo que ocurre en Serbia y Bulgaria, y percibe posibilidades de cambio. Además, se niega a atribuir un complejo cultural a una sola causa, como por ejemplo, 'el genio de tal pueblo'.

Al parecer, gana aceptación la idea de que los análisis institucionalista o estructuralista, o aquel que se concentra en el cálculo de costos y beneficios por parte del electorado, llevan a explicaciones que desatienden una dimensión importante en la comprensión de las transformaciones y transiciones políticas y sociales. Sin embargo, la estrategia de recurrir a la cultura política para rendir cuentas sobre lo que queda sin explicación y aplicar solamente un enfoque institucionalista o estructuralista, conlleva riesgos.

Según parece, existen dos trampas cuando se trata de incluir a la cultura y, *mutatis mutandis*, a la cultura política en los esfuerzos por explicar los cambios históricos y sociales -o su tardanza. La primera consiste en sobrestimar su poder explicativo igualándola con el *ethos* o 'alma' de un pueblo; una vez identificado el *ethos*, éste se convierte en la causa de *todo* lo que pueda suceder. La segunda trampa radica en la reducción de su naturaleza a 'actitudes y convicciones medibles' y cae en un empirismo incapaz de explicar lo que no halla correspondencia con el resultado de las encuestas y sondeos en que se basan tales enfoques.

En el primer caso, predomina el concepto de cultura como 'hiper referencia' (Kuper 1999: x), un cuerpo omnipresente de creencias, prácticas, nociones éticas y estéticas, patrimonios artísticos y mucho más, que imprime decisivamente la vida social de un grupo o sociedad, y que por lo tanto, es una explicación imprescindible y cuasi exhaustiva en cualquier intento por entender procesos históricos y contemporáneos. Aquí se corre el riesgo de caer en una casuística cultural. Se recurre a la cultura para explicar el éxito o el fracaso de proyectos nacionales y políticos tanto como de intentos por democratizar o promover la participación política (Kuper Ibid.): se explica la historia a través de la cultura.



Genzalo Vargas

En el otro caso, se reduce a la cultura a tal punto, que lo que queda en realidad es una ceguera cultural. La medición de actitudes y opiniones no es un acercamiento a la cultura, sino un retrato unidimensional y estático de una realidad 'multi capa', diferenciada y dinámica. El porcentaje de encuestados que afirman que la confianza en 'los políticos' es exigua dice posiblemente sobre la cultura política lo que un afiche dice sobre la película que publicita. Hemos aprendido que no todas las decisiones y acciones son racionales, calculadas, estratégicas, discursivas. No todos los cambios son producidos (o explicables) por modificaciones en las preferencias políticas o por intervenciones desde fuera. Los actores son más que un conjunto de capacidades, intenciones o productores de resultados (incluso los no contemplados); son también actores que encarnan incapacidades, irracionalidades, creencias sin sustento, y se hallan informados por lo no-conciente -todo eso en lo *diacrónico* y lo *heterogéneo*.

En un esfuerzo por 'navegar' entre Skylla y Charibdis, revisaré brevemente en primera instancia, una selección de la literatura sobre el tema, trataré de contrastar las aproximaciones 'genérica' y 'sondeal'. Después abordaré rápidamente la cuestión metodológica; para finalmente, hablar de 'la cultu-



La atención hacia la cultura política no es reciente. Casi siempre se recurrió a esta noción ante la insatisfacción con un enfoque exclusivamente político-estratégico e institucional, o con uno de tipo estructural. El interés actual es más sistemático e incluye esfuerzos por delimitar y definir el concepto

ra política latinoamericana', como componente necesario de reflexiones sobre desarrollos democráticos, y presentaré unas conclusiones que considero inacabadas.

La cultura política en la literatura actual: propuestas y aplicaciones

En los últimos años se observa un crecimiento del interés por incorporar a la cultura política en distintos análisis de caso y por reflexionar sobre las referencias conceptuales del término. Este interés se vio estimulado por los temas de investigación en boga como las (nuevas) reflexiones sobre las 'transiciones democráticas' o la noción de ciudadanía y el estudio de las consecuencias múltiples de las reformas estatales que acaecieron a América Latina en las últimas décadas.

Sin embargo, el interés por la cultura política no es nuevo. Sobre todo en el marco de las investigaciones sobre los movimientos sociales y su rol en las transiciones democráticas, a partir de los años 70, cuando ya se hicieron muchas referencias a la noción de que la cultura política se interponía a una transición, que ya no podría ser pensada como un simple pasaje hacia una nueva situación de 'democracia plena'. Mainwaring (1987) ya habló sobre la necesidad de incluir las "creencias políticas" e "identidades políticas" en el análisis de la transición brasileña, por ejemplo.

Gerrit Burgwal, en sus trabajos sobre Ecuador (1992, 1995), siempre ha sido muy sensible hacia la dimensión de la cultura política para entender las estrategias 'desde la base' y la interacción entre los distintos acto-

res en la arena de encuentros y enfrentamientos políticos, sobre todo en el ámbito local. Orin Starn, en un precioso artículo escrito en 1992, se concentra en las dimensiones culturales cuando analiza la emergencia y formación de las rondas campesinas en el norte de Perú, establecidas originalmente para combatir el robo de ganado.

Estos ejemplos, que pueden complementarse con muchos otros, demuestran que la atención hacia la cultura política no emergió recientemente. Casi siempre, el motivo para recurrir a esta noción se originó ante la insatisfacción con un enfoque exclusivamente político-estratégico e institucional, o con uno de tipo estructural.

La diferencia entre el interés anterior y el que se verifica actualmente radica en que el último es más sistemático e incluye esfuerzos por delimitar y definir el concepto (Pansters 1997, y 2002 en prensa). Para empezar, esto quiere decir que no se reifica a este concepto como una 'dimensión dada' en todas las circunstancias, sino que se desarrolla una reflexión sobre su conformación de modo desagregado, a lo largo de la historia de los distintos países latinoamericanos. En sus diferentes modalidades, muchas veces fue una historia de nacional-desarrollismo, populismo y autoritarismo modernizador, pero con matices significativos en cuanto a los espectros de los partidos políticos, de la estabilidad institucional y constitucional, de la configuración étnico-cultural de la población y la posibilidad de ascenso social, entre muchos otros factores.

Parece prácticamente imposible que bajo las condiciones arriba señaladas, se cristalice en América Latina una cultura cívica entendi-

da como “una cultura pluralista basada en la comunicación y la persuasión, una cultura del consenso y la diversidad” (Almond y Verba 1963: 8).

Lo señalado resulta un argumento en contra del ‘gran concepto’ en torno a cultura política. Este ‘gran concepto’ está presente en un trabajo de Glen Dealy del año 1992, en el que argumenta que la cultura latinoamericana es “caudillista”, o sea que prevalece el código ‘relacionista’ siempre sobre el código de la representación y lo impersonal. La confianza no es depositada en ‘otro’ cualquiera, o en una ‘función’, sino en ‘otro’ específico. Se trata de relaciones personales: la confianza no se deposita en las instituciones, sino en el apoyo de una persona específica al interior de ellas, en quien se pueda confiar. Por ello, la relación con lo político, es “una relación con alguien, no con algo” (Bustamante 1997: 63).

Según el pensamiento de Dealy, es este “código cultural” que por sí solo resulta capaz de explicar muchos desarrollos y ausencias de desarrollo en América Latina. Explica la injusticia generalizada, la impunidad, la falta de conciencia en torno a los derechos y el clientelismo. Pero el problema es justamente que explica demasiado. El componente que explica este ‘todo’ es una generalización, una abstracción y un ‘atributo’ estático que queda exento de toda explicación, contextualización y ‘aterrizaje’ en motivaciones, aspiraciones y estrategias de la gente. Se convierte en un ‘espíritu latino’ – y este ‘espíritu’ se puede contrastar con el espíritu ‘puritano’ o ‘juicioso’ que, según se alega, caracteriza a los EE.UU.; es exactamente esto lo que hace Dealy.

Este patrón argumental le permite una serie de contrastes que si bien constituyen una lectura entretenida, conducen a una sociología basada en estereotipos y denominaciones de los pueblos y sus rasgos, una sociología por tanto, sin historia y sin cultura, en el sentido de cultura como un conjunto de prácticas y creencias divergentes y dinámicas.

El trabajo de Kalberg (1994) constituye una versión mucho más sutil de una argumentación similar (basada otra vez en un análisis

del éxito de los EE.UU.). El autor enfatiza que para la internalización de valores ciudadanos, es necesario un proceso de apropiación de valores como la ‘responsabilidad ciudadana’, ‘confianza social’, ‘igualitarismo’ e ‘individualidad’ (Ibid.: 91-114). Son valores que se han podido realizar en los EE.UU., gracias a la herencia religiosa, a la formación específica de identidad nacional, a la modernización económica, a un entorno propicio para la confianza en el poder del individuo para influir en su entorno por su propio esfuerzo, lo cual no ha sucedido en América Latina.

Al referirse a Ecuador, Adoum (1997: 11) parece caer en el mismo ‘estaticismo’. Él habla de “identidad colectiva”, pero sus observaciones se pueden aplicar también a la noción de cultura política. Por un lado, enfatiza que esta identidad colectiva

...no es algo definido e inmutable, conformado en los siglos anteriores a nosotros, que hubiéramos recibido como una instantánea del pasado, menos aún como un tatuaje que no podemos borrar, sino que se va haciendo, como un autorretrato, por acumulación de rasgos o como un *collage*, fatalmente incompleto...

Sin embargo, mantiene por otro lado, la idea de que

...la identidad es la raíz más honda o vigorosa... los elementos que la conforman -etnia, lengua, religión, ética, conciencia de nación... - pueden permanecer mucho tiempo enterrados bajo una dominación cultural e incluso bajo los vestigios de otra identidad, y reaparecer un día, de forma espontánea y orgullosa...”(Ibid: 13).

Percibo que en este punto el autor en mención cae en el esencialismo; sugiere que los elementos etnia, lengua, religión, entre otros, son estables e inalterables, y que hay algo que, de modo estático, puede permanecer escondido durante mucho tiempo y reaparecer de repente. Pero sus propios ejemplos (él habla de los campesinos de Chiapas en México, y de las

nacionalidades oprimidas en Europa central), más bien ilustran todo lo contrario: los mismos “renacimientos” de los cuales habla, reflejan nuevas condiciones, y son, por lo menos en parte, re-creaciones de imágenes –¿o ilusiones?– acerca del pasado “recuperado”. En la formulación de Adoum, la cultura política parecería un bagaje fijo, que incluso puede sobrevivir de forma subterránea, y re-estallar cuando las condiciones fuesen favorables. Así, resulta que los individuos no pueden deshacerse de él o transformar su bagaje cultural. Es su destino -que espera bajo la superficie hasta poder apoderarse otra vez de los actores...

De este estilo de análisis, que podemos quizá llamar ‘genérico y esencialista’ emerge una imagen de la cultura política difícil de investigar y desagregar. Es un conjunto de ‘rasgos’ que, con interpretación de génesis histórica o no, tiende a asumir la característica de una “personalidad nacional” (ver Dalton 1996). Se puede aplicar el mismo ejercicio para toda América Latina, como lo hizo Dealy o también Carlos Fuentes en su libro “The buried Mirror, Reflections on Spain and the New World” (1992). Fuentes lo hace de una manera sutil y sofisticada, pero igualmente resulta una imagen de la cultura vista como ‘herencia’ y como instancia que puede explicar todos los acontecimientos contemporáneos, sin importar sus divergencias, contradicciones o su evolución. Es, de todas formas, un enfoque ‘culturalista’.

Esta misma crítica llevó a Almond y Verba (Ibid.) y a muchos de sus seguidores, a diseñar un modelo (y una operacionalización de tal modelo) para investigar empíricamente el estado de la cultura política en los países de América Latina, como ejemplo de este caso. Un acercamiento parecido se observa en un libro recientemente compilado por Roderick Ai Camp (2001), sobre las visiones de los latinoamericanos acerca de la democracia.

En esta aproximación no existe una imagen previa sobre ‘los rasgos’ de la cultura política latinoamericana. El punto de partida, más bien, es un trabajo empírico, sondeo o encuesta, que tiene como objetivo recoger da-

tos sobre creencias, opiniones y actitudes (ver Inglehart 1990). Como dice Camp:

...cultura política [trata] de actitudes, valores, creencias, ideales y experiencias que predominan en una sociedad [...] en torno a visiones hacia lo político, la percepción que tiene la gente sobre los sistemas políticos y sobre su propio papel en lo político ... (Ibid. 2001: 7).

El enfoque entonces, no radica en el juicio que han desarrollado los investigadores sobre ‘el estado de la democracia en un país específico’, sino en “la visión de los ciudadanos sobre el tipo de democracia que existe en su sociedad [...] y sus expectativas de la democracia” (Ibid: 9). Es una estrategia de investigación de la cultura política que tiene muchas ventajas. Permite establecer correlaciones entre aquello que sustenta las prácticas y valores democráticos por un lado, y el apoyo existente para –¿y la estabilidad de?– un sistema democrático, por otro. Admite además, distinguir entre sectores y clases sociales o entre el nivel de educación y la medida en que se da una adscripción a los sistemas democráticos; son datos que permiten analizar los vínculos entre las características específicas de la historia reciente de los países y las modalidades de apoyo a las expectativas en torno la democracia y su relación con las preferencias electorales (Klesner 2001: 128-132).

Así, en un estilo casi ‘anti-holístico’ se lo gran sugerir relaciones entre sistemas políticos y actitudes poblacionales. De la encuesta en que se basó la compilación editada por Camp resultó, por ejemplo, que el apoyo para la democracia es mucho más fuerte en Costa Rica que en México o Chile. En Chile y México, apenas el 50% de los encuestados prefiere la democracia más allá de las circunstancias, mientras que en Costa Rica, el porcentaje alcanza más del 80%. En Costa Rica, la gran mayoría asocia democracia con ‘libertad’, en primer lugar, mientras que en México y Chile los porcentajes de encuestados que asocian democracia con ‘igualdad’ o ‘bien-



Resulta difícil hallar el equilibrio entre una conceptualización esencialista que recoja el ethos de un pueblo, y una reduccionista, o del tipo de 'orientaciones subjetivas medibles'. Por esta misma razón, la noción de cultura política nos confronta con problemas conceptuales y metodológicos

tar-progreso' son más altos (Seligson 2001: 91-94). No sorprende que estos resultados se presten a interpretaciones que vinculan la estabilidad y 'madurez' del sistema democrático con la 'profundidad' de la convicción democrática; y que aquello, a su vez, lleve a especulaciones sobre causas y efectos: "si la cultura política tiene alguna capacidad de predicción, pronosticaría que la estabilidad democrática en México y Chile se encuentra lejos de estar asegurada" (Ibid.: 106).

Pero es una conceptualización que a la vez, presenta limitaciones. En la misma compilación editada por Camp, Alan Knight fue invitado a expresar sus observaciones, él conculca plenamente con los editores y se resiste a la propuesta de la existencia de "culturas políticas" omnipresentes; que evocan la idea de las psiquis de los latinos (Knight 2001: 224). Pero tampoco se deja convencer por la aproximación de Camp y su equipo. Argumenta a favor de interpretaciones históricas regionales y locales (Ibid.: 225), y duda de si las encuestas puedan captar lo que pretende expresar el concepto de cultura política (Ibid: 230). Duda además de si la pretensión de las encuestas de determinar "orientaciones subjetivas" resiste una prueba crítica, ya que dichas orientaciones son "fluidas, no-específicas y tampoco se prestan a la falsificación" (Ibid.: 231). La limitación de un enfoque 'empírico' es entonces su pobreza conceptual y su empirismo, así como su tendencia a satisfacerse con una 'foto' de lo que en realidad es un proceso. Además, confía demasiado en la validez de respuestas dadas - y no dispone de los instrumentos metodológicos ni teóricos para una comparación crítica entre 'lo dicho y lo hecho'.

El reto metodológico

Resulta, entonces, difícil encontrar el equilibrio entre una conceptualización esencialista que recoja el tipo del 'ethos de un pueblo' por un lado, y una conceptualización reduccionista y del tipo de 'orientaciones subjetivas medibles', por otro. Por esta misma razón, la noción de cultura política nos confronta con problemas conceptuales y metodológicos. Optar por lo metodológicamente factible tiende a desembocar en un contenido pobre, fragmentado y deshistorizado de la idea de cultura política, mientras que una noción más rica y matizada conlleva el problema de una 'in-investigabilidad'. Estos problemas se han vuelto críticos, ya que en los últimos años la importancia de la incorporación de la dimensión de cultura política ha sido ampliamente reconocida (Dalton Ibid.).

En primer lugar, un resultado no-intencional de la incorporación de esta noción consiste en que se convierte a todos los partidos, autoridades, agentes intermediarios y al 'pueblo', en corresponsables de los éxitos y los fracasos de procesos de transición o realización de formas de ciudadanía, ya que todos reproducen el legado de sus *habitus* en su quehacer e interacciones diarias. De por sí, la noción de la cultura política no conlleva los medios conceptuales para distinguir entre las responsabilidades diferenciadas para la reproducción de rasgos culturales y no responde la pregunta sobre el impacto de las reformas estatales bajo el lema de los ajustes necesarios políticos y económicos en las transformaciones culturales diferenciadas para distintos sectores poblacionales por ejemplo, o la pregun-



El concepto de cultura política resulta complicado porque: no hay modo de integrarlo en las estrategias de investigación de una manera 'directa'; es prácticamente imposible determinar las causas y efectos cuando se introduce a la cultura en nuestros esfuerzos investigativos; es ambiguo y difícil de delimitar

ta sobre la lucha por el significado de la democracia (Paley 2001).

En segundo lugar, es un concepto difícil de delimitar y estudiar, y fácil de 'cosificar' (Pansters 2002 en prensa). La cultura política tiene algo de esos famosos conceptos que resaltan más bien por su aparente obviedad que por su claridad (Pansters 1997). Esto tiene que ver con la falsa sugerencia de homogeneidad cultural dentro del universo poblacional en cuestión, con la imprecisión del concepto por su propensión 'totalizadora', y con su tendencia a fungir como argumento de-ontológico.

Aparte de ello, existe un gran reto metodológico: lo que responde y cuenta la gente sobre sus creencias y percepciones no puede cubrir y representar la cultura política, si es que queremos tomar en serio la idea de una multidimensionalidad cultural, que no se agota en lo discursivo. Esto, a su vez, apunta hacia el problema de 'investigabilidad comparativa' en el sentido de que si en un contexto cultural específico la noción de una cultura política tal vez tiene sentido, estamos frente al problema de que los conceptos más elementales para captar esa cultura política (como 'grado de confianza', 'susceptibilidad al autoritarismo', 'personalismo') tienen significados muy distintos en otras partes (Knight Ibid.: 233).

Estas reflexiones sugieren que si pretendemos superar el error de reducir nuestro entendimiento de democratización no lo podemos lograr sin una cultura política, y tampoco la vigencia de instituciones, regularidad y 'normalidad' en procesos electorales. Por ello que el de cultura política es un concepto potencialmente fructífero en el análisis de las vicisitudes de la democracia en América Latina;

pero que a la vez nos confronta con problemas. Entre las grandes ventajas que presenta, podemos decir que nos ayuda entender reacciones de parte del electorado, de la militancia o de pobladores urbanos, que no parecen las más 'adecuadas' o 'racionales', desde el punto de vista de las expectativas generadas por las transiciones y las alteraciones en las estructuras de oportunidad política.

La cultura, hemos aprendido, tiene a veces una racionalidad que no se explica con cálculos de intereses solamente. También puede ayudarnos a entender percepciones específicas de parte de la ciudadanía en torno a sus expectativas acerca del universo político (Camp 2001). Asimismo nos ayuda a entender que las alianzas se conforman por razones que van más allá de lo compartido en términos socioeconómicos, como lo compartido (o lo que se ha imaginado como compartido) en términos de historia, raíces étnicas, género o el sentirse atraído por un discurso que enfatiza en la sugerencia de que "los políticos los han abandonado", por ejemplo. Por todas estas potencialidades, merece un lugar un nuestros estudios.

Sin embargo, resulta complicado porque no hay modo de integrarlo en las estrategias investigativas de una manera directa, y porque es prácticamente imposible determinar las causas y efectos cuando se introduce a la cultura en nuestros esfuerzos investigativos. Complicado también, porque es un concepto ambiguo y difícil de delimitar, y aún más difícil de investigar.

El aporte de la incorporación de la cultura política en la investigación sobre la democracia

Las inquietudes acerca de las culturas políticas se entretienen con la reflexión acerca del futuro de la democracia en América Latina y en el mundo. América Latina participó en la llamada “tercera ola” de democratización en el ámbito internacional. Si al inicio de la década de los 90 el mundo contó con 76 democracias, al final del año 2000, el número habría aumentado a unas 120. Sin embargo, muchas de esas nuevas democracias son “democracias con adjetivos”: democracia limitada, tecno-democracia, o democracia formal. La calidad de las democracias –nuevas y antiguas– está en entredicho. Aunque parece que según las encuestas acerca de la cultura política la gran mayoría de la ciudadanía latinoamericana se adhiere a los valores democráticos, también es cierto que buena parte de esa mayoría no está contenta con las democracias realmente existentes. Según *The Economist* (17 de agosto 2002) la suscripción a la democracia como el sistema preferible mejoró en 14 de los 17 países latinoamericanos durante el último año, aunque en comparación con 1996 disminuyó en 13 países.

En Ecuador, tanto en comparación con 1996 como con el 2001, disminuyó: un 49% apoya la democracia como ‘sistema preferible’ en el 2002. Sin embargo, a la pregunta de cómo funciona concretamente la democracia en Ecuador, casi un 80% de los ecuatorianos y ecuatorianas se declara satisfecho, mientras que en 1996 fue solamente un poco más del 60%; hecho que sin lugar a dudas tiene que ver con la última administración, que por una gran mayoría fue percibida como relativamente “honesta y eficaz”.

Desde otros puntos de vista el énfasis se coloca en otros elementos. Según ciertos analistas, la democracia y la cultura política en América Latina siempre sufrieron de ambivalencia (Schelling 2000). Mientras que por un lado están presentes una serie de rasgos estructurales y culturales que manifiestan lo

moderno, por otro, penetra lo no-moderno.

La democracia representativa (inclusive el conocimiento sobre ella y la confianza en ella), la protección del ciudadano por la Ley y la Constitución, el mercado como instancia reguladora de las relaciones sociales y económicas, la ilusión de paridad en las transacciones sociales como dimensiones ‘modernas’, todos estos elementos conviven con patrones de interacción que revelan sumisión clientelar, arbitrariedad y la utilización de tácticas adecuadas para mantener bajo control las diferencias de poder, de bienestar y las socioculturales tan profundas que inhiben las transacciones entre iguales (Pérez Baltodano 1997: 40-52, O’Donnell Ibid.: 85 ss.).

La democracia representativa coexiste con prácticas de toma de decisión que muestran un total desprecio del principio democrático (Foweraker y Landman 1997: 27). En situaciones de pobreza estructural grave (Green 1999) y en situaciones de acceso desigual a la información y a la educación, la igualdad formal es desplazada fácilmente por las relaciones patrón-cliente, y las instancias de garantía de cumplimiento de la Ley son frecuentemente socavadas por el poder de discreción de las elites (NACLA 1997, Weyland 1995).

Conviven lo moderno de la afirmación de la existencia del estado de derecho con las irregularidades y atrasos en los procesos penales, con la “justicia de clase”, con el caos jurídico y la debilidad institucional (Schor 2001, Philip 1999), con disputas “pre-modernas” sobre cuotas políticas dentro del Poder Judicial, con casos de corrupción, impunidad y arbitrariedad tan obvios que son cotidianamente comentados por la prensa y la sociedad entera. Dada esa situación, predominan las estrategias de la gente común y corriente para tratar por todos los medios de evitar se entregue su suerte al poder formal-judicial, que nominalmente es protector de su derecho, propiedad e integridad individual. El efecto se refuerza por el hecho de que nunca existieron o fueron debilitados por políticas de reestructuración y regímenes militares o por gremios de promoción de interés como sindica-

tos y asociaciones societales fuertes y autónomas; los que son mayoría numérica son muchas veces los más débiles en términos de presencia pública.

Pero el tema no queda allí: el sujeto latinoamericano funciona en circunstancias dadas; se expresa sobre todo en la capacidad para *relacionarse* con un mundo hostil mediante una vía que debilita y reblandece la dureza y el capricho de esta vida; y esta vía es la creación de la obligación que deriva del afecto personal. El afecto personal, aún cuando no sea nada más que el intercambio de una sonrisa, es la instancia que recompensa, en cierta medida, el reto de vivir en un mundo plagado de profundas desigualdades y de riesgos cotidianos.

Así, la nueva forma que emerge de la contradicción, se da en distintos niveles o escalas. Vemos, por ejemplo, cómo algunas prácticas se convierten en rutinas, en marcos operativos y en rasgos institucionales, en discursos que los legitiman u ocultan; a su vez, estos marcos vuelven a influir en las prácticas y en los límites de maniobra dentro y fuera de estas prácticas. La cultura política emerge entonces como una dimensión que no se puede desconectar de los arreglos institucionales, de los discursos oficiales y de las prácticas que evaden a ambos sin desvincularse de los parámetros establecidos por ellos.

Emerge entonces, una realidad que no funciona ni por lo moderno ni por lo no-moderno, sino por una lógica cargada de elementos culturales. La democracia *está*, y grandes mayorías se adhieren a ella, por lo menos verbalmente. Pero al mismo tiempo la subyugación a la Ley es rechazada diariamente por las elites, elites que niegan a las grandes mayorías el derecho a informarse y a evaluar los actos políticos y sus consecuencias. Estas mayorías, a su vez, aprenden a 'navegar' en estas condiciones, y la consecuencia muchas veces es que las cosas funcionan mediante "esquivaciones" de lo establecido por la Ley y la norma – o sea: lo moderno. Dentro de esta configuración, las elecciones se convierten en un protocolo vacío de competencia y significado

real. Los electores solamente en parte, votan por tener una opinión y preferencia en términos de propuestas políticas de desarrollo, o de arreglos institucionales y de procedimientos (Paley 2001: 130-138); votan también para obtener beneficios como educación, salud, trabajo, reconocimiento de su título de propiedad o servicios urbanos, a escala particular y no universal (NACLA Ibid.). El universo semántico que define la contienda política, entonces, es fragmentado y rompe con la idea misma de una comparación 'racional' de propuestas y programas de gobierno (Ibid.), pero produce prácticas y consideraciones electorales que no corresponden ni con lo moderno ni con lo no-moderno, sino con lo local. Y aquello, tan intangible, dinámico y descentrado como suena, podría apuntar a ciertas partes de la cultura política latinoamericana.

A modo de conclusión

La última sección desembocó en una suerte de esbozo e identificación de los rasgos de la cultura política latinoamericana, y en este sentido, pareció haber olvidado todas las precauciones que predominaron en las secciones anteriores. No tenía, sin embargo, otra pretensión que la de ilustrar que, sin sensibilidad para las dimensiones culturales, los significados, percepciones, lo sub-discursivo, las rutinas y, muchas veces, la asincronía entre estas 'capas', resulta difícil y parcial reflexionar sobre la democracia, la conciencia de derechos, y la naturaleza del funcionamiento de las instituciones democráticas. Por otra parte, parece injustificable aislar y dar un tinte exclusivo a la cultura política como explicación única o privilegiada (Dalton Ibid.). Es una dimensión que forma parte integral de un conjunto de factores incluido el patrón de relaciones sociales, la naturaleza del 'civismo' societal, la historia, la estratificación socioeconómica, la cultura de los partidos políticos (Lomnitz y Melnick 2000), la estructura partidaria, el sistema político y muchos más. Es además, como se arguyó, una noción problemática, tan-

to en su naturaleza y delimitación, como para incorporarse en la investigación cuando emerge el reto de su desagregación en indicadores ‘tangibles’.

A pesar de todas estas objeciones, parece imprescindible incluir la dimensión de cultura política en ensayos de investigación y comprensión de procesos de democratización. Análisis de índole institucional o estructural dan como resultado un enfoque ‘transitolgista’ pobre y parcial, y una imagen instrumental sobre la consolidación democrática, que corre el riesgo de perderse en mediciones instrumentales. Eso, a su vez, conlleva el peligro de que nosotros los investigadores terminemos por legitimar las “democracias con adjetivos” con las cuales luchamos en nuestros días.

Bibliografía

- Adoum, Jorge Enrique, 1997, *Ecuador: señas particulares*, Quito: Eskeletra Editorial.
- Almond, Gabriel y Sidney Verba, 1963, *The Civic Culture - Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Burgwal, Gerrit, 1992, “Collective Clientelism in Contemporary Quito”. *Antropologische Verkenningen* 11(2): 23-47.
- _____. 1995 *Struggle of the Poor: Neighborhood Organization and Clientelistic Practice in a Quito Squatter Settlement*, Amsterdam: CEDLA.
- Bustamante, Fernando, 1997, “¿Qué democracia?; una aproximación a los problemas de la gobernabilidad y la democracia en el Ecuador de fin del milenio”. *Ecuador Debate* 42: 53-64.
- Camp, Roderick Ai (ed.), 2001, *Citizen Views of Democracy in Latin America*, Pittsburgh University of Pittsburgh Press.
- Dalton, Russell J., 1996, “Comparative Politics: A Micro-Behavioral Perspective”, en: Robert Goodin y Hans-Dieter Klingeman (ed.): *The New Handbook of Political Science*, Oxford: Oxford University Press.
- Dealy, Glen, 1992, *The Latin Americans - Spirit and Ethos*, Boulder: Westview Press.
- Falk, Richard, 2000, “The Decline of Citizenship in an Era of Globalization”, texto de la *internet*: transnational.org/forum.
- Foweraker, Joe y Todd Landman, 1997, *Citizenship Rights and Social Movements - A comparative Statistical Analysis*, Oxford: Oxford University Press.
- Green, Duncan, 1999, “A trip to the market: the impact of neoliberalism in Latin America”, en: Julia Buxton y Nicola Phillips (ed.): *Developments in Latin American Political Economy: States, Markets and Actors*, Manchester/New York: Manchester University Press, pp. 13-32.
- Inglehart, Ronald, 1990, *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton: Princeton University Press.
- Kaase, Max, 1983, “Sinn oder Unsinn des Konzepts ‘Politische Kultur’ für die vergleichende Politikforschung”, en: Kaase, Max & Hans Dieter Klingemann (ed.): *Wahlen und politisches System*, Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Kalberg, Stephen, 1994, “Cultural Foundations of Modern Citizenship”. Brian S. Turner (ed.) *Citizenship and Social Theory*, London: Sage, pp. 91-114.
- Klesner, Joseph L., 2001, “Legacies of Authoritarianism: Political Attitudes in Chile and Mexico”. Roderick Ai Camp (ed): *Citizen Views of Democracy in Latin America*, University of Pittsburgh Press, pp. 118-138.
- Knight, Alan, 2001, “Polls, Political Culture and Democracy: A Heretical Historical Look”. Roderick Ai Camp (ed.) *Citizen Views of Democracy in Latin America*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp. 223-242.
- Kuper, Adam, 1999, *Culture - The Anthropologists' Account*, Cambridge/London: Harvard University Press.
- Lomnitz, Larissa y Ana Melnick, 2000, *Chile's Political Culture and Parties - An Anthropological Explanation*, N. Y: University of Notre Dame Press.

- Mainwairing, Scott, 1987, "Urban Popular Movements, Identity, and Democratization in Brazil". *Comparative Political Studies* 20(2): 131-159.
- NACLA, 1997, *Inequality and the Dismantling of Citizenship in Latin America* – NACLA-Report on the Americas, May/June.
- O'Donnell, Guillermo, 1999, *Counterpoints – Selected Essays on Authoritarianism and Democratization*, N. Y.: University of Notre Dame Press.
- Paley, Julia, 2001, *Marketing Democracy – Power and Social Movements in Post-Dictatorial Chile*, Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Pansters, Wil, 1997, "Theorizing Political Culture in Mexico", en: Wil Pansters (ed.): *Citizens of the Pyramid – Essays on Mexican Political Culture*, Amsterdam: Thela Press, pp. 1-37.
- _____ 2002 "Valores, tradiciones y prácticas; reflexiones sobre el concepto de cultura política (y el caso Mexicano)". Willem Assies, Marco Calderón y Ton Salman (ed.): *Ciudadanía, cultura política y reforma del Estado en América Latina*, Zamora/México: El Colegio de Michoacán /IFE (en prensa).
- Pérez Baltodano, Andrés, 1997, "Estado, ciudadanía y política social: una caracterización del desarrollo de las relaciones entre estado y sociedad en América Latina", en: Pérez Baltodano (ed.). *Globalización, ciudadanía y política social en América Latina: tensiones y contradicciones*. Caracas: Nueva Sociedad, pp. 31-66.
- Philip, George, 1999, "Institutions and democratic consolidation in Latin America", en: Julia Buxton y Nicola Phillips (ed.): *Developments in Latin American Political Economy; States, Markets and Actors*, Manchester/New York: Manchester University Press, pp. 33-48.
- Schelling, Vivian, 2000, "Reflections on the Experience of Modernity in Latin America" en Vivian Schelling (ed.): *Through the Kaleidoscope – The Experience of Modernity in Latin America*, London/New York: Verso Books, pp. 1-33.
- Schmitter, Philip, 1995, "Transitology: The science and Art of Democratization?". Joseph S. Tulchin *et al.* (comp.): *the Consolidation of Democracy in Latin America*, Boulder: Lynne Rienner Press, pp. 11-41.
- Schor, Miguel, 2001, *The Rule of Law and Democratic Consolidation in Latin America*, disponible en: <http://darkwing.uoregon.edu/~caguirre/schor.html>
- Seligson, Mitchell A., 2001, Costa Rican Exceptionalism: Why the *Ticos* are different. Roderick Ai Camp, (ed.): *Citizen Views of Democracy in Latin America*, Pittsburg: University of Pittsburgh Press, pp. 90-106.
- Sociaal en Cultureel Planbureau, 2002, *Sociaal en Cultureel Rapport 2002 – De kwaliteit van de quartaire sector*, Den Haag: SCP.
- Starn, Orin, 1992, "I dreamed of Foxes and Hawks'- Reflections on Peasant Protest, New Social Movements and the Rondas Campesinas of Northern Perú". Sonia Álvarez y Arturo Escobar (ed.), *The Making of Social Movements in Latin America; Identity, Strategy and Democracy*, Boulder: Westview Press, pp. 89-111.
- Twine, Fred, 1994, *Citizenship and Social Rights – The Interdependence of Self and Society*, London/ Thousand Oaks/New Delhi: Sage.
- Weyland, Kurt Gerhard, 1995, "Latin America's Four Political Models". *Journal of Democracy* 6(4): 125-139.